

# LA MEDICINA ANTIGUA HEREDADA, O LA MELECINA DE NUESTROS TATARAGÜELOS

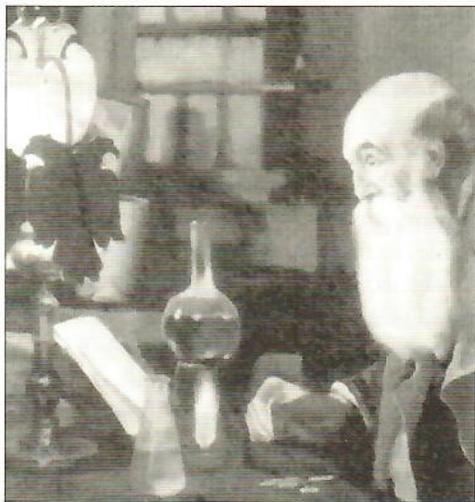
José Emilio Iniesta González

La medicina popular pertenece al ámbito del pensamiento precientífico o paracientífico, de ahí sus inevitables vínculos con la magia, el curanderismo o una religiosidad milagrera rayana a veces con la superstición. Pero no es menos cierto que algunos remedios de esa medicina popular son efectivos, pues se han basado en la experiencia y la observación de muchas generaciones, como es el caso de la herboristería: desde hace siglos, e incluso milenios, los hombres han apreciado las virtudes digestivas de la *manzanilla* o el poder del *malvaisco* como un efectivo emoliente; la medicina y farmacopea actuales no han dudado en utilizar los principios curativos de éstas u otras plantas. Recordemos que ya los hospitales de la España islámica estaban provistos de grandes huertos donde se cultivaba todo tipo de plantas medicinales.

Claro que otros remedios de la medicina popular eran absurdos y perfectamente inútiles, como el que proponía el curande-

rismo tradicional murciano para remediar la esterilidad masculina: el hombre debía lavarse *sus partes* con aceite de chicharras fritas... previamente enfriado, claro, porque de lo contrario esa esterilidad sería ya definitiva e incurable (pues ni vestigios de esas *partes* quedarían). Sin embargo en otras épocas estas *melecinas* pudieron tener el carácter de inofensivos «placebos», es decir, una sustancia sin valor efectivo pero que calmaba la ansiedad del enfermo angustiado, depresivo o hipocondríaco. En cualquier caso, esa *medicina de nuestros tatarabuelos*, por lo que respecta a la Región Murciana, tiene un indudable interés etnológico.

La anatomía popular es pintoresca y confusa, y así el «amago» puede significar tanto el hígado como las entrañas en general (la «mondongá»). El «guajerro» es el esófago, sobre todo en su tramo superior; la palabra «melsa», confusamente, se ha aplicado bien al páncreas, bien al bazo, órganos diferentes, por cierto. Muy curiosa es la palabra murciana «rechigüelas», más o menos equivalente a *redaños*: anatómicamente las rechigüelas son el mesenterio, es decir, los repliegues del peritoneo que unen éste a la pared abdominal, y que poseen gran cantidad de vasos sanguíneos y grasa. Debemos decir que los curanderos de las personas (*sanaores*, *saludaores* o *miraëros*) muchas veces ejercían de *albéitares* y sanaban también a los animales. La fantasía popular llegó a inventarse órganos humanos inexistentes, como el *marlo*, una especie de útero que tendrían los varones y provocaría molestias parecidas a las de la menstruación o la menopausia; tal vez «marlo» proceda del latín *masculus* (macho) a través de la forma popular *maslo*, pero acaso esta voz se haya visto influida por el árabe *maghlu* (cólico intestinal, dolencia del bajo vientre): aclaremos que esa *gh* se pronuncia



«El alquimista», cuadro de L. Masriera. Enciclopedia Durvan.

casi como la r francesa y puede confundirse con nuestra r. Otras veces, se atribuyen a ciertas vísceras características que no les son propias: así el mayor grosor de la «melsa» (bazo o páncreas) causaría una gran lentitud de movimientos en la persona o determinaría un carácter por lo general tranquilo o apático («setón», como decimos en Murcia).

En el habla popular se han producido extraños y hasta desconcertantes desplazamientos semánticos. En Murcia, como en muchos otros lugares, a la epilepsia se la ha llamado «alferecía»; lo curioso es que tal palabra parece venir de la confusión entre dos voces árabes, *al-farisiya* (erisipela) y *al-falichiya* (hemiplejía). Pero nótese que la epilepsia nada tiene que ver con la erisipela (infección que origina una erupción con intenso enrojecimiento cutáneo), ¡y mucho menos con hemiplejía!, que supone parálisis e inmovilización de buena parte del cuerpo. «Esjince», aunque fonéticamente deriva de *esguince*, no tiene sólo el sentido de torcedura o luxación, sino que por tierras murcianas ha significado también rasguño o herida, según podemos comprobar en los versos de Vicente Medina: *¿Pero, Dios mío, qué esjince es éste? / ¡y echando sangre, Dios de los Cielos!* Lo curioso es que el murciano, en este caso, mantiene el sentido etimológico original, pues la palabra *esguince* procede, casi con toda seguridad del latín tardío o vulgar *\*exquintiare* (rasgar, arañar, desgarrar, partir algo en varios trozos, etc.).

Una de las manifestaciones del llamado «mal vivo» o cáncer era el *zaratán*, un tumor de piel que afectaba sobre todo a los pechos de las mujeres. Para curar estos *zaratanes* (la palabra es un arabismo que significa «cangrejo», igual que el término latino «cáncer»), se aplicaba carne cruda sobre el tumor, así el *zaratán* comía esa carne y no la de la persona enferma. Enfermedad incurable era el «cólico miserere», dolencia inconcreta pero mortal

que abarcaba desde una peritonitis hasta el infarto agudo. Lo apellidaban «miserere» porque al doliente en cuestión le oficiaban la misa de difuntos. La «anguila Tomásí» era el nombre que recibían los parásitos del aparato digestivo, desde las lombrices intestinales hasta la solitaria. La palabra «tiricia», aunque procede de *ictericia*, nada tiene que ver con esa enfermedad (llamada en murciano *aliacán*), sino que significa «dentera», es decir, esa sensación desagradable que experimentamos al oír ciertos chirridos (como el roce de un cuchillo en un cristal), y que suele repercutir en dientes y encías. El «güérfago» es una enfermedad respiratoria que afecta sobre todo a las caballerías. De «azogue» (mercurio) se formó el verbo *azogarse*, aplicada a los afectados de una enfermedad nerviosa y claramente convulsiva producida por la inhalación de vapores mercuriales. El «pipiritaje en el galillo» es, simplemente un dolor de garganta; «galillo» (úvula, pero por extensión la garganta) es palabra hermana de «gulilla» (mismo sentido), con sabrosas resonancias de nuestro Siglo de Oro, por haberla utilizado Lazarillo de Tormes. Las erupciones cutáneas, en fin, se designaban ambiguamente con la palabra árabe «aljorre», que en realidad significa «mierda», y que por ello también se utilizaba con el sentido de «meconio».

Para curar muchas de estas u otras enfermedades (peplas o malencias) se utilizaban plantas. Si el «ceje» era mano de santo contra los *aljorres* de la piel, la «ajedrea», como hierba estomacal, aliviaba las malas digestiones de los «potinchaos», al igual que la menta o «hierbabuena». A la «hierba cana» se le atribuía el poder de curar las quemaduras y abrasiones. La *fitolaca*, más conocida como «hierba carmín», entraba en muchos compuestos. El humilde y cotidiano «perejil» siempre ha sido apreciado por su carácter diurético (sin olvidar sus propiedades abortivas). Las cualidades terapéuticas de la «cebolla

albarrana» o chirle aparecen ponderadas en la inmortal tragicomedia *La Celestina*. Y así una larguísima lista en la que incluiríamos el arrayán, la alcaravea, el comino, el ricino, el eucalipto (éste modernamente) etc.

Para aquellas enfermedades que las hierbas no lograban curar, se recurría a la magia. Determinados rituales mágicos sólo surtían efecto en ciertos días o noches muy señalados: v.g. la Noche de San Juan era el momento ideal para sanar las «quebrancías» o hernias. Otros remedios nos provocan la sonrisa: *Unos recomendaban pasás encima del vientre, para poner en circulación la sangre paralizada en el estómago. Otros, colocar sobre la parte dolorida la camisa de un zagal que tuviera gracia por haber nacido en Viernes Santo. Éste, un vaso de agua en ayunas, cogida, la noche antes, en el partidior de la acequia, en el mismo sitio donde la luna se refleja. Aquél, colgar al cuello unos canutos con dos lagartijas cazadas en el campo. Hasta la célebre curandera de Monteagudo prescribió recorte de las uñas de la Madre Fundadora, que, según es fama, le crecen tanto como si estuviesen clavadas en cuerpo vivo*, (así nos lo recuerda Diego Sánchez Jara en un célebre cuento suyo, *El monstruo del Segura*) Los curanderos, sanaores o saludaores emplean la «gracia» para curar, mediante la imposición de manos, ciertos rezos (a veces estrafalarios) o la misma saliva. Manos y saliva forman parte de rituales antiquísimos, que aparecen en prácticamente todas las culturas primitivas, como bien han estudiado señalados antropólogos.

Pero la más interesante mezcla de magia y medicina popular la tenemos en el «mal de ojo»: algunas personas tienen demasiada fuerza en la mirada o bien les rebosa la maldad a causa de la envidia, y son capaces por ello de causar enfermedades inconcretas, sobre todo en los más pequeños. También pueden causar este mal de ojo, si bien de forma involuntaria, los tuertos y bizcos (birloques), considerados en general como «gafes», tal y como dice la copla popular

murciana: *Por allí viene Roque, / por la higuera verdal, / y en llegando el birloque, / s'acabó de bailar*. El «mal de ojo» ha sido un cajón de sastre donde se incluían una larga serie de dolencias: jaquecas crónicas, astenia, insolaciones, avitaminosis, ciertas dolencias maniaco-depresivas, etc.

Nuestros antepasados moros llamaban *ayn* al «aojamiento» (cosa curiosa, porque *ayn* significa simplemente «ojo» en árabe). Los musulmanes lo conjuraban gracias al amuleto (*nufra*) llamado «mano de Fátima»: los cinco dedos de la mano equivalen a los cinco pilares del Islam, pero también evocan la grafía árabe de la palabra Dios (Al'lâh), cuyos trazos recuerdan lejanamente una mano abierta. La mano de Fátima protegería de los aojamientos lo mismo que la Cruz protege de los vampiros, aunque quizás sería más adecuado compararla con el escapulario de la virgen del Carmen o con el lazo rojo con que se trataba de proteger del mal de ojo a los recién nacidos. El símbolo de la mano de Fátima aparece magistralmente representado en la bellísima cerámica de la Cieza islámica (visiten el Museo de Medina Siyasa: les aseguro que vivirán una experiencia extraordinaria). Ciertas azoras coránicas guardaban también del hechizo lo mismo que esta oración popular cristiana: *Virgen del Carmen / Virgen María, / que tu mano llegue a este niño / antes que la mía. / Tres padrenuestros. / Tres Avemarías*. No cabe duda de que la mujer, musulmana o cristiana o judía, ha sido un factor decisivo para la cura de este mal. La mujer sanaba o *cortaba* el «mal de ojo» bien por conocer ciertas oraciones o conjuros como el ya citado, o por ser depositaria de *gracia* (*jarisma* griego, *báraka* árabe, *mana* polinésico, etc.): poseían esa gracia por naturaleza las que habían nacido en Viernes Santo.

Buena parte de estas palabras son arabisismos (aliacán, alferecía, albéitar, zaratán, aljorre, ¿marlo?, etc.). En otros casos el origen de las palabras es desconocido o puede plantear grandes dificultades lin-



Antigua botica, semejante a las que existieron en Murcia. Enciclopedia Durvan.

güísticas. Acaso no fuera difícil buscar una etimología árabe para el pintoresco murcianismo *guajerro*, tal vez derivado de la raíz «w-í-r», que significa *tragar*, *ingerir por vía oral*, *conducto por donde se traga*, *tragaderas*. Apunto que la palabra ha podido formarse a partir de un hipotético \*waíero > \*wajero > *guajerro*. Me baso en esta etimología dado que en español existe la palabra *guájara* (o *guájar*), derivada de la misma raíz «w-í-r», aunque su significado sea diferente del de *guajerro* = del árabe «waíara» (conducto o tajo por donde pasan las aguas) se ha formado *guájara*: fragosidad de una sierra. *Guajerro* ha mantenido el sentido árabe original, cosa nada rara, pues esa es una característica de los dialectalismos murcianos.

Muy oscura es la etimología de *güérfago*. El diccionario de la Real Academia, que incluye las formas *huélfago* y *huérfago* (prefiriendo la primera), advierte que es de origen incierto. Juan Corominas aventura la posibilidad de que proceda de *fuelle* a través de la extraña forma \**fuélgago*, posteriormente metatizada. Más curioso es el origen de *rechigüela*. Es sinónimo de «redaños», palabra que procede de *red* (en latín *rete*), dado que el mesenterio es rico en vasos sanguíneos, que forman una red o retícula. Yo imagino una etimología semejante para *rechigüela*, que bien podría provenir de *retiola*, plural de *retiolum* (redecilla). Ahora bien, la evolución

normal de *retiola* debería haber sido \**rechihuela*. ¿Qué explicación tiene esa 'ch'? Quizás estemos ante un mozarabismo, pues la lengua mozarabe presentaba 'ch' frente a 'c' / 'c' del castellano: *chentu* (cien, ciento), *chinco* (cinco), el andalucismo *chícharo* (lat. *cicer*), el valencianismo *barchilla* (parcela), el topónimo andaluz *Marchena*, e incluso recias palabras castellanas procedentes del dialecto mozarabe, como *albérchigo* o *chinche*, etc. Según Justo García Soriano, las hablas murcianas registran una considerable influencia mozarabe, igual o incluso mayor que la ejercida por la propia lengua arábiga.

## BIBLIOGRAFÍA

- Benedict, R.: *El hombre y la cultura*. Buenos Aires, 1944.
- Caro Baroja, J.: *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. Madrid, 1944.
- Caro Baroja, J.: *Las brujas y su mundo*. Alianza. Madrid, 1993.
- Corominas, J.: *Breve diccionario etimológico*. Gredos. Madrid, 1983.
- Fernández, A. y Galiana, I.: *Guía secreta de Murcia*. Sedmay ediciones. Madrid, 1978.
- García Soriano, J.: *Vocabulario del dialecto murciano*. Edit. regional. Murcia, 1980
- Malinowski, B.: *Magia, ciencia y religión*. Ariel. Barcelona, 1974.
- Molina, P.: *Parablero murciano*. Edic. Mediterráneo. Murcia, 1991.
- Sánchez Jara, D.: *El monstruo del Segura*. Cuadernos murcianos de «Velasco». Murcia, 1950.
- Sevilla, A.: *Vocabulario murciano*. Murcia, 1990.
- Varios autores. *El Libro de la Huerta*. Murcia, 1973.
- Y testimonios recogidos oralmente de diversas personas. Al no poder citar los nombres de todas ellas, me limitaré a recordar a ese gran señor y gran murciano que fue Mariano Ríos Fernández, pedáneo de La Arboleja durante muchos años, alma de *El Libro de la Huerta*, e impulsor de una *Revista del Bando de la Huerta* en la que se trataron temas similares al de este artículo. A ellos y a otros, gracias.